

ACTAS DEL VI CONGRESO INTERNACIONAL DE LA ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL

(Alcalá de Henares, 12-16 de septiembre de 1995)

Edición a cargo de
José Manuel Lucía Megías

TOMO I



Servicio de Publicaciones

Universidad de Alcalá

1997

Quedan reservados todos los derechos, ni parte ni la totalidad de este libro puede ser reproducido por cualquier medio, ya sea mecánico o electrónico, sin el permiso de los editores.

Comité Organizador:

Carlos ALVAR
María del Carmen FERNÁNDEZ LÓPEZ
Sonia GARZA
José Manuel LUCÍA MEGÍAS
Joaquín RUBIO TOVAR
Pedro SÁNCHEZ-PRIETO BORJA
María Jesús TORRENS

En la edición de *Las Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* han colaborado Pedro Sánchez-Prieto Borja, Joaquín Rubio Tovar, M.^a Carmen Fernández López, M.^a Jesús Torrens y Paciencia Talaya.

© Anónimas y colectivas
© Universidad Alcalá
Servicio de Publicaciones

I.S.B.N. (Obra completa): 84-8138-207-8
I.S.B.N. (Tomo I): 84-8138-208-6

Depósito Legal: M-29893-1997

Imprime: Nuevo Siglo, S.L.

«TEÓFILO» Y «LA IGLESIA ROBADA» (¿O A LA INVERSA?). EL FINAL DE LOS *MILAGROS DE NUESTRA SEÑORA DE GONZALO DE BERCEO*

Fernando Baños Vallejo
Universidad de Oviedo

Hay una cuestión no resuelta en los *Milagros de Nuestra Señora*, de Gonzalo de Berceo, la referente al orden de los dos últimos. Ocurre que después de la disposición tradicional que nos ofrecía como final «La iglesia robada», vinieron las ediciones modernas, las penúltimas, a darle la vuelta y terminar con «El milagro de Teófilo», y tras los diversos artículos que defienden una u otra opción, parece que existe hoy la vaga idea de que cada cual puede decantarse por el final que más le guste. Por ello creo que va siendo tiempo, bajo el signo de la post-modernidad, de analizar sistemáticamente la naturaleza y el sentido de las razones que pueden aducirse para cerrar con «La iglesia robada» o con «Teófilo».

Luego me referiré a los manuscritos implicados en la transmisión de este poema de Berceo, pero debemos partir ahora de la observación de que el orden tradicional venía dado por el manuscrito Ibarreta, una copia del siglo XVIII, pues los primeros editores de los *Milagros*, Tomás Antonio Sánchez (1780) y Antonio García Solalinde (1922), desconocían el paradero del manuscrito *in folio* (F) del siglo XIV, que es justamente el que transmite el otro orden. Bastante tiempo después de que C. Carroll Marden, en los últimos años veinte, diera a conocer el manuscrito F, en la parte que contiene los *Milagros*, Daniel Devoto (1957), en su edición modernizada, abrió la brecha de invertir el orden tradicional por razones estructurales, estéticas. Pero argumentos de carácter estructural pueden aducirse en defensa de uno y otro final, según veremos, por lo que habremos de concluir que toda discusión en ese plano, si bien puede iluminar aspectos de esos episodios, y aun de la obra entera, no sirve para establecer cuál ha de ser el último milagro.

Cuando Devoto (1957, p. 17) se decide a variar el orden tradicional, lo hace:

tal como figuraban en uno de los dos códices antiguos. Que la disposición tradicional diversa sea producto de una adición del autor o proceda de un copista que repara un olvido agregando, fuera de lugar, un milagro omitido, poco importa [...]. Lo cierto es que con la disposición que adoptamos quedan al final de la obra, en su lugar verdadero, las últimas estrofas del *Milagro de Teófilo*, verdaderamente conclusivas y coronadas por sus tres *Amén* definitivos.

Es importante reparar en esta declaración, porque seguramente fue la que animó a Brian Dutton (1971) y a los editores posteriores a dar el orden de F. Debe observarse, en primer lugar, que Devoto no se plantea cuál de los dos códices resulta más fiable (que es la cuestión principal); en segundo lugar, importa muchísimo, por supuesto, investigar si el orden tradicional refleja que «La iglesia robada» es adición posterior de Berceo o un olvido que el copista trata de remediar al final incluyendo el episodio fuera de lugar. Sí es cierto que las estrofas finales de «Teófilo» constituyen un cierre muy solemne para el libro, pero podemos ir adelantando que las últimas coplas de «La iglesia robada», si bien nos fijamos, también parecen concebidas como final de la obra, menos solemne que el de «Teófilo», si se quiere.

Dutton (1971, p. 17) se limita a afirmar que «las coplas que terminan el milagro de Teófilo son un *explicit* mucho más lógico que las finales del *Milagro de la iglesia robada*», y cita como autoridad la nota final de la copia Ibarreta, que consideraremos más adelante, donde se vierte la misma opinión.

Y a partir de ahí surge una cadena de seguidores: Claudio García Turza (1984, p. 23; 1992, p. 556) se acoge a Devoto y Dutton para dar por bueno el orden de F, sin más. Michael Gerli (1985, p. 51) se limita a declarar que sigue la «oportuna sugerencia» de Dutton. Algo más aporta Juan Manuel Cacho Blecua (1991, p. 26), cuando añade que «Teófilo», «por su importancia y extensión, se convierte en el correlato más adecuado para la introducción, con la que concuerda también en incluir otra mención expresa del autor con su propio nombre».

Sin embargo, no todos los editores relativamente recientes optan por cerrar con «Teófilo». Jesús Montoya Martínez (1986, p. 208) prefiere la disposición tradicional, aunque no explica más que así evita «la perturbadora doble numeración». Y asimismo mantiene «La iglesia robada» como final Juan Manuel Rozas López (1986, p. 214), que es quizás el editor que hace un planteamiento más profundo de la cuestión, atendiendo no sólo a aspectos estructurales, sino también a las características de los manuscritos enfrentados.

Planteamiento estructural

Pero vayamos al planteamiento estructural: en las palabras citadas Cacho expone que «Teófilo» resulta mejor final por su simetría con la Introducción del libro. Ambos son episodios importantes y en ambos, como ya había señalado Rozas, aparece el nombre

del autor: es el peregrino del comienzo y el narrador de los *Milagros* que al final ruega a María que interceda por él. Pero esta cuestión de las simetrías, consideradas como indicio para decidir el milagro final, es muy difusa, pues surge la duda de si la comparación del hipotético último milagro ha de establecerse con la Introducción, como final y comienzo del libro, o con «La casulla de San Ildefonso», como primero de la serie de milagros. De la primera manera lo plantean Rozas y Cacho, pero Patricia E. Grieve (1993, p. 226) encuentra un paralelismo entre «Teófilo» y «La casulla de San Ildefonso»: en ambos aparece la envidia (que relaciona a Teófilo con Siagrio, el engreído sucesor de San Ildefonso); esto, junto a lo que enseguida diré, la hace inclinarse por «Teófilo» como final. Pero, por si esto no fuera suficiente como muestra de lo discutible del argumento, resulta además que también se han señalado simetrías como prueba de lo contrario. Así, Carmelo Gariano (1965, pp. 173-174) entiende que «La iglesia robada», como milagro ocurrido en Castilla durante el reinado de Fernando III, ha de colocarse el último de la colección, considerando la simetría con «La casulla de San Ildefonso», como dos prodigios localizados en España. Del mismo modo, James Burke (1980, p. 30) estima que «La iglesia robada» es un cierre más apropiado para la colección, atendiendo a la simetría con el primer milagro: en ambos episodios hay una prenda prodigiosa que castiga o provoca el castigo de quienes ilícitamente tratan de apoderarse de ella (la casulla que se viste Siagrio, pese a la prohibición explícita, y la toca o el velo de la Virgen que tratan de robar los malhadados protagonistas de «La iglesia robada»). Grieve (1993, p. 225) lo ve de otro modo muy distinto: en contra de que «La iglesia robada» pueda considerarse el último milagro arguye que si a Berceo le interesa insistir en la idea de Salvación, el final de los ladrones no es un buen remate para la obra, pero lo cierto es que el tema del castigo a los desleales va en el libro indisolublemente unido al del premio a los devotos (véase la copla 745). Una cosa parece clara: que la observación de estos paralelismos, por sí sola, no permite resolver el dilema, sino que nos adentra en una selva que puede tupirse aún más.

Ahora bien, el hecho de que estas consideraciones no hagan inclinarse la balanza es significativo en sí mismo, pues apunta algo: que tanto el milagro XXIV como el XXV contienen elementos de cierre, pero este es un camino por el que avanzaremos mejor si atendemos aisladamente a la naturaleza de cada milagro y prescindimos de simetrías. Habrá que leer con detenimiento sobre todo las últimas coplas de esos milagros para apreciar que Berceo pudo escribir dos finales distintos para su libro; o, adelantándose a las conclusiones, que tras haber cerrado su obra con «Teófilo», añadió, algún tiempo después, «La iglesia robada».

Por lo que respecta a «Teófilo», renuncio a repasar aquí sus relaciones con la leyenda de Fausto o, en general, lo fructífero que ha sido para la literatura el mito del que vende su alma al diablo, pero es cierto que el interés y la fama de «tan precioso milagro» (748b) lo señalarían como especialmente adecuado para cerrar la colección. Se cuenta que este vicario o ecónomo del obispo de Adana, en Cilicia, declina convertirse en el nuevo obispo a la muerte del que servía, pero al ser relegado por el sucesor, acude a un pacto con el diablo, de lo que luego se arrepiente. De la popularidad de esta leyenda en la Edad Media dan fe las versiones que se escribieron tanto en latín como en lenguas

vernáculos. En concreto el texto latino que parece seguir Berceo deriva de una traducción al latín de Pablo el Diácono de Nápoles (siglo IX), cuya fuente griega fue escrita por Eutiquiano, un discípulo de Teófilo, en el siglo VI (véanse Dutton, 1971, p. 243; y Baños, 1994).

En cuanto a la forma, es de notar que con sus ciento sesenta y cuatro estrofas «Teófilo» es el más extenso de los milagros (también lo es en el texto latino), y en justa proporción la fórmula de cierre ocupa nada menos que ocho coplas¹:

- 904 Señores, tal miraclo cual avemos oído
non debemos por nada echarlo en obliido;
si non, seremos todos omnes de mal sentido,
que non avemos seso natural nin complido.
- 905 Assín lo diz sant Paulo, el buen predicador,
que fue leal vasallo de Dios, Nuestro Señor,
que todas las leyendas que son del Criador
todas salut predigan del omne pecador.
- 906 Nós en esto podemos entender e asmar
cuánto val penitencia qui la save guardar;
si non fuesse por ella, podédeslo jurar,
que fuera don Teófilo ido a mal logar.
- 907 Si la Madre gloriosa, que li deñó valer,
éssa no'l entendiesse, no lo vernié veer;
mas qui a mí quisiere escuchar e creer
viva en penitencia, puede salvo seer.
- 908 Amigos, si quisiéssedes vuestras almas salvar,
si vós el mi consejo quisiéredes tomar,
fazed confessión vera, non querades tardar,
e prendet penitencia, pensatla de guardar.
- 909 Quiéralo Jesu Christo e la Virgo gloriosa,
sin la cual non se faze niguna buena cosa,
que assí mantengamos esta vida lazrosa,
que ganemos la otra, durable e lumnosa. (Amén).
- 910 La Madre gloriosa, de los cielos Reína,
la que fue a Teófilo prestable medicina,
Ella nos sea guarda en esta luz mezquina
que caer non podamos en la mala rúfna. (Amén).
- 911 Madre, del tu Gonzalvo señ remembrador,
que de los tos miraclos fue enterpretador;
Tú fes por él, Señora, prezes al Criador,
ca es tu privilegio valer a pecador.
Tú li gana la gracia de Dios, Nuestro Señor. (Amén).

Veamos ahora el final de «La iglesia robada»:

¹ Utilizo la edición de García Turza (1992) porque me parece la más solvente en la fijación del texto, aunque no comparto el orden por el que opta en el final, ni por tanto la numeración de las estrofas.

- 744 Tú, Madre gloriosa, siempre seas laudada,
 que saves a los malos dar mala sorrostrada,
 sabes onrar los buenos como bien enseñada;
 Madre de gracia plena por ent eres clamada.
- 745 Los malos que vinieron afontar la tu ciella
 bien los toviste presos dentro en tu capiella;
 al bon omne que quiso vesar la tu toquiella
 bien suelta gela diste, como diz la cartiella.
- 746 Señora benedicta, Reína acabada,
 por mano del tu Fijo don Christo coronada,
 líbranos del diablo, de la su çancajada,
 que tiene a las almas siempre mala celada.
- 747 Tú nos guía, Señora, enna derecha vida,
 Tú nos gana en cabo fin buena e complida;
 guárdanos de mal colpe e de mala caída,
 que las almas en cabo ayan buena essida. (Amén).

Al poner ambos finales frente a frente, se aprecia su semejanza, pero es que en realidad la mayoría de los milagros termina de manera muy parecida, con una fórmula de cierre, como relatos autónomos que son, que sirve al mismo tiempo de engarce en el hilo conductor del libro, pues la colección se nos ofrece como casuística de la capacidad intercesora de María. Así, diecisiete de los veinticinco milagros acaban con una o varias coplas que extraen la enseñanza del caso: ponderan el servicio a María y ensalzan la protección que como contrapartida ella presta a sus devotos. Es justo lo que nos encontramos en estas estrofas, de modo que su contenido no es específico del final del libro, sino común al cierre de cada milagro².

Y sucede lo mismo con otros elementos que Rozas (1986, p. 214), entre otros, había destacado como especialmente solemnes y por tanto adecuados para concluir la obra. El «Amén» que se halla al final de las coplas 909, 910 y 911, se encuentra también en la 747, y nos gustaría que fuera algo exclusivo de estos milagros que barajamos como final del libro, pero la realidad nos enfrenta con otros «Amén» en las estrofas 582, 624 y 702. Tampoco es específico del supuesto final del poema una estrofa anómala de cinco versos, como es la 911, porque el libro nos ofrece algún otro caso: la 99 y la 219³.

Lo único verdaderamente particular, que podría entonces tomarse como indicio del cierre de la obra, es la reaparición del nombre del autor, que parece darla por terminada (911ab). Si a esto le sumamos los demás elementos mencionados, aunque aisladamente no sean exclusivos del fin del libro, sino que forman parte del remate de otros milagros,

² Compárense, por ejemplo, con el remate del milagro XXII. Véase Garrido Gallardo, 1977.

³ El manuscrito F es el único que transmite la estrofa 219 con cinco versos. Llama la atención que estas tres estrofas se hallan al final de sus respectivos milagros. Y en efecto, el cierre de un milagro parece un lugar especialmente estimulante para incluir un verso más, ya fuera Berceo ya un copista el que lo hiciera, cuestión en la que no entramos aquí. Sobre esto, véase Ruffinatto (1974), que estudia también las estrofas supranumerarias en las demás obras de Berceo. Se distinguen de las de este poema en que no se encuentran al final de episodios.

es cierto que producen por acumulación un final especialmente caracterizado: tres «Amén», no uno solo; ocho estrofas como remate, y la última de cinco versos, donde el autor firma su obra, etc. Pero el que «Teófilo» ofrezca un cierre más caracterizado no permite descartar «La iglesia robada» como otro final de la obra, seguramente añadido con posterioridad, precisamente porque coincide con aquél en parte de las antedichas características. En resumidas cuentas, podríamos quizás acordar que las consideraciones temáticas y estructurales destacan a «Teófilo» como final más notorio, pero no exclusivo, por lo que resultan insuficientes para decidir el orden de los dos últimos milagros. El camino de la crítica textual ofrece, en mi opinión, mayor seguridad.

Crítica textual

No es ocasión de describir con detalle las copias de los *Milagros* o su filiación⁴, pero sí resulta imprescindible recordar lo fundamental de los manuscritos que transmiten estos dos milagros finales:

- Q, de *in quarto*, designa el códice del siglo XIII que contenía poemas de Berceo, hoy perdido, pero que en el siglo XVIII aún se guardaba en el Monasterio de San Millán de la Cogolla, donde en aquella época se realizaron dos copias que nos permiten conocerlo indirectamente.
- F, de *in folio*, del siglo XIV, también perdido, como Q, a raíz de la Desamortización de Mendizábal, pero hallado por fragmentos durante nuestro siglo y actualmente conservado en la Biblioteca de la Real Academia Española.
- M, es el ms. 13149 de la Biblioteca Nacional de Madrid, una copia realizada por el P. Diego de Mecoleta, abad del Monasterio de San Millán (1737-1741), y al menos tres colaboradores, entre 1741 y 1752. En la parte que nos interesa una tercera mano copia Q⁵, pero es menos fiel que la Copia Ibarreta.
- I, la copia así conocida porque se hizo por encargo del P. Domingo Ibarreta, monje de la Abadía de Santo Domingo de Silos, donde se conserva actualmente como el ms. 110 (*olim* 93), seguramente fue realizada por un grupo de monjes en el Monasterio de San Millán, entre 1774 y 1779, fecha en que Sánchez la utiliza para su edición; los autores de I, en palabras de Uría (1981, p. 22) «tenían como base de su copia el perdido Códice *in quarto* (Q) del Monasterio de San Millán, y consultaban, a veces, el *in folio* (F), al que llaman ‘el otro códice’». La parte que nos interesa está copiada de Q por la segunda de las manos que intervienen en la transcripción de *Milagros*⁶. Sánchez y García Solalinde no pudieron utilizar F, pero tomando a Dutton (1971, p. 17) como referencia de los editores que cotejan ambos manuscritos, indiscutiblemente debe utilizarse I como base para la fijación del texto, porque, a pesar de datar del siglo XVIII, es una transcripción muy fiel del más antiguo códice, el perdido Q, a juzgar por la conservación del

⁴ Remito a los estudios de Dutton, Isabel Uría Maqua y García Turza.

⁵ Véase Dutton, 1982, p. XV.

⁶ Véase Dutton, 1971, p. 15.

lenguaje del XIII (frente a F, que moderniza según los usos del XIV descuidando la métrica) y por la fidelidad comprobada en los pasajes que toman de F. Así lo expresa Dutton (1971, p. 20), pese a que él ha sido quizás el mejor adalid del orden de F: «El ms. I [...] contiene pocas irregularidades en cuanto copia de Q, del siglo XIII. Es decir, representa un texto muy cercano a lo que escribió el mismo Berceo, tanto en el espacio como en el tiempo». Según él Q habría sido copiado hacia 1260, posiblemente en vida de Berceo, mientras que F dataría de hacia 1330⁷. Pues bien, aunque Q no se conserve, podemos afirmar que sin duda en esa copia tan próxima al original de Berceo el orden de los milagros era «Teófilo» y «La iglesia robada» como cierre, no sólo porque la copia Ibarreta, de rigor tan reconocido, así lo transmite, sino también porque coincide con ella el manuscrito Mecoleta (la otra copia del XVIII que ni Devoto ni Dutton manejaron al preparar sus ediciones) y porque así lo indica también la nota que se lee en I bajo la última estrofa de «Teófilo»:

Este milagro es el último en el otro códice, y así le viene mejor la última copla de arriba.

Como se ha dicho, es claro que «el otro códice» se refiere a F, y evidente que esta observación se debe al copista moderno, como denuncia la variante lingüística *milagro*, que no aparece nunca en el poema, y sí *miráculo*, *miraclo* o *miraglo*. Pero a esta nota no puede concedérsele más valor que el de corroborar que el original que utiliza ese copista, el manuscrito Q del siglo XIII, presenta el orden que él transmite. Como lector del último cuarto del siglo XVIII, su opinión sobre qué orden resulta mejor en términos estructurales o estéticos no tiene más autoridad que la de cualquier lector moderno. No debe, pues, acatarse su criterio, lo cual hace Dutton, en abierta contradicción con su reconocimiento de la copia de Q como la más cercana al original. Lo que sí es muy relevante es que el copista, pese a esa consideración, mantenga estrictamente el orden de Q, lo que indica que en el manuscrito del XIII no había ningún signo de que ese milagro estuviese fuera de su sitio.

Y no es sólo que las copias de Q se revelen más fieles al original de Berceo en el hecho de que sus hemistiquios se ajustan mucho mejor a la rigurosa medida del mester de clerecía del siglo XIII, o en que conservan las variantes lingüísticas de la época, sino que esa fidelidad también se aprecia en las ocasiones en que F difiere de las copias de Q en el orden de algunos versos. Soy consciente de que no se puede equiparar la inversión de líneas o estrofas con la de episodios, pero en todo caso es una prueba más de la mayor credibilidad de Q frente a F. Según mis datos, de los casos en que F da un orden distinto a las copias de Q, tan sólo en dos de ellos la lección de F se muestra preferible, en los versos 387bc y 789ab. En los catorce restantes F parece el espurio⁸. Doy aquí los

⁷ No hay unanimidad en las fechas. Véase García Turza, 1979, p. 84.

⁸ Son los versos 77a, 264bc, 285bc, 298bc, 323bc, 388a, 450b, 480ad, 545ab, 580ab, 600d-601a, 651b, 839b, y las coplas 387-388. La anotación de un único verso significa que en F es el último de la estrofa. A éstos cabría añadir 12b y 39bc, que conocemos indirectamente a través de otra copia en que Mecoleta sigue F, que hoy en esa parte no se conserva. Véanse Dutton, 1982; y García Turza, 1984.

casos más claros, cuyo orden lógico puede percibirse en el contexto de una estrofa o poco más.

- 77 Facié a la su statua el enclín cada día,
 fincava los enojos, dicié: «Ave María».
 El abbat de la casa dioli sacristanfá,
 ca teniélo por cuerdo e quito de follía.

F transmite el primer verso como último de la copla, lo que interrumpe la descripción del saludo que el sacristán le hacía a la Virgen, además de romper el encadenamiento con el último verso de la estrofa anterior, que es idéntico al primero de ésta.

- 264 Resuscitó Estevan, ¡grado a Jesu Christo!
 Regunzóli al Papa cuanto que avié visto,
 lo que li disso Peidro, su ermamo bienquisto,
 que yazié en grand pena, lazrado e muy tristo.

En F los versos b y c están invertidos, lo que va contra la sintaxis de los dos últimos versos: antecedente y oración de relativo.

- 285 Pero que semejava en unas cosas boto,
 e como vos dissiemos que era bocarroto,
 en amar la Gloriosa era mucho devoto,
 dizié el su oficio de súo corde toto.

El orden de F, que invierte b y c, si no es imposible, quiebra el desarrollo sucesivo del vicio y la virtud.

- 298 Grado a la Gloriosa, que es de gracia plena,
 fuera só de lazerio, essido só de pena;
 caí en dulz vergel, cerca de dulz colmena,
 do nuncua veré mengua de yantar nin de cena.»

Como en la copla 264, el orden de F, que invierte los versos b y c, es imposible por la sintaxis de los dos últimos: antecedente y oración de relativo.

- 387 Entendiénlo los pueblos, ellos no lo negavan,
 que ellos merecieron por ond tanto lazravan,
 las virtudes sañosas que ellas los majavan;
 no lo asmavan ellos cuando las violavan.
- 388 Los sanctos ni las sanctas no lis querién valer,
 peoravan cutiano a mucho grand poder;
 prisieron un consejo, ant fuera a prender,
 tornar enna Gloriosa, que los fazié arder.
- 389 Cadiéronli a prezes delant el su altar,
 plorando de sus ojos cuanto podién plorar,
 dizién: «Madre gloriosa, déñanos perdonar,
 ca non trobamos otro que nos pueda prestar.

La estrofa 389, y concretamente el pronombre enclítico de *Cadiéronli* (389a), referido a la *Gloriosa* del verso anterior, asegura que el orden correcto es el que se ofrece en el texto, y no el de F, que invierte las coplas 387 y 388, y transmite 388a como último verso de la estrofa. Sin embargo, la misma razón del pronombre *las* (387d), referido a las *virtudes* del verso anterior, da por bueno, excepcionalmente, el orden de F frente al de I y M, que invierten los versos b y c.

- 450 Fizo en mí grand gracia, non una ca doblada,
si por Ella non fuesse, sería enfogada;
valióme en el parto, si non, fuera dañada;
nunca mugier non ovo madrina tan onrada.

En F el segundo verso se lee al final de la estrofa, lo que rompe la enumeración de las dos gracias, dichas así por orden de mayor a menor importancia, y hurta al último verso su lugar natural de conclusión.

- 545 La merced e la gracia que me deñesti fer
no lo savría, Madre, yo a Ti agradecer
nin lo podría, Madre, yo nunca merecer;
mas non cessaré nunca gracias a Ti render.

El orden de F, que trueca los versos a y b, cabe como posibilidad, pero rompe la serie de oraciones de los tres últimos versos, y es mucho menos enfático.

- 580 Amávanlo los pueblos e las sus clerezías,
amávanlo calonges e todas las mongías;
todos, por ond estaban, rogavan por sos días,
fuera algunos foles que amavan follías.

También aquí F invierte los versos a y b, lo que parece ir contra el orden lógico, pues el segundo verso especifica las *clerezías* del primero.

- 600 Vidieron palombiellas essir de so la mar,
más blancas que las nieves contra'l cielo volar;
credién que eran almas que querié Dios levar
al sancto Paraíso, un glorioso logar.
- 601 De derecha envidia se querién desquizar,
porque fincaron vivos avién un grand pesar,
ca credién bien afirmes, non era de dubdar,
que almas eran d'éssos los que sumió la mar.

F trueca los versos 600d y 601a, lo que evidentemente quiebra la sintaxis y el sentido de cada una de las oraciones correspondientes.

- 651 Díssoli al judío que era mayoral,
al que li prometió que'l prestarí cabdal:
«Estos son mis señores e yo su servicial,
éstos sean fianzas ca non puedo fer ál».

F transmite 651b en último lugar, lo que rompe la sucesión de antecedente y oraciones de relativo, e interrumpe el diálogo, que continúa en la copla siguiente.

- 839 Creo bien firmemiente la su ascensión,
 que envió la gracia, la de consolación;
 creo la postremera regeneración
 cuando buenos e malos prenderán el gualardón.

Finalmente, aquí el segundo verso no parece encajar como último, tal como está en F, pues se refiere a la consolación del Espíritu Santo, enviado tras las ascensión de Jesús (*Hechos*, 1.4-8, 2 y 9.31). Por otro lado, la exposición del Credo queda mejor cerrada con la Resurrección de los muertos.

La consideración de estas variantes en el orden de versos y estrofas corrobora a las claras lo que todos los editores habían manifestado por razones métricas y lingüísticas: que las copias de Q son notablemente más fiables que F.

A modo de conclusión

En consecuencia, dado que el planteamiento estructural y estético no permite descartar ninguno de ambos finales, debemos atenernos al manuscrito más cercano al autor. Trabajando, entonces, con la hipótesis de que en el original de Berceo «La iglesia robada» constituyó el cierre definitivo del libro, parece que el otro orden de F requiere una explicación.

En realidad ya se ha apuntado más arriba. Veámos que, bajo un enfoque estructural, ambos milagros pueden rematar el poema, pero que «Teófilo» se muestra más caracterizado como final, tanto en términos cuantitativos (el número de coplas de cierre, los «Amén» por triplicado, a lo que se suma el hecho de que la estrofa 911 sea supranumeraria), como cualitativos (el autor firma la obra y, aparentemente, la da por terminada). Ante lo improbable de que un copista se saltase inadvertidamente todo un milagro y lo transcribiese al final fuera de su sitio, y ni las copias de Q ni F muestran ningún aviso de esto, cabe conjeturar que el copista de F alteró el orden de su fuente movido por la mayor notoriedad de «Teófilo» como final. Es el mismo motivo que inspiró al amanuense de la copia Ibarreta la mencionada nota, en la que manifiesta que la copla 911 queda mejor situada al final, tal como la transmite «el otro códice»; y es también la razón que movió a Devoto y Dutton, junto con la existencia de aquellos dos precedentes, a editar «Teófilo» como remate del libro. Desde un punto de vista meramente estético, también a mí el contenido y la forma de «Teófilo» me parecen más adecuados para cerrar la colección, pero insisto en que ello no es suficiente para dar por malo el orden de Q. Ya Rozas (1986, p. 12) declaraba que si bien el orden de F es verosímil, no es evidente, y terminaba siguiendo el manuscrito base de toda edición de los *Milagros*, la copia Ibarreta de Q. En efecto, si ante las otras variantes que F presenta frente a las copias de Q, seguimos éstas, salvo error evidente, que aquí no se da, no hay por qué adoptar en este caso un criterio distinto.

Más aún, el orden de I y M no sólo no es erróneo, sino que deja percibir mucho mejor que el de F el hecho de que «La iglesia robada» es, seguramente, una adición posterior, con la que Berceo redondearía el número de milagros a veinticinco, cuadrado de cinco, número de simbolismo mariano⁹. Si se relaciona el que ambos milagros pueden servir de cierre con las cuestiones de fechas y de fuentes, cobra gran verosimilitud la idea de que en un primer momento Berceo cerró su obra con «Teófilo» y tiempo después añadió otro milagro, que constituía un nuevo remate de la colección. Es bien sabido que los *Milagros* contienen dos alusiones a personajes históricos que sirven como referencias cronológicas indirectas:

ni'l nució más que nuzo yo al bispo don Tello (325d).

Antes de 1246, fecha de la muerte de don Tello Téllez de Meneses, obispo de Palencia, tuvo que escribir Berceo el milagro XIV, pues utiliza el presente *nuzo* y la broma estaría fuera de lugar si el obispo ya hubiera muerto. Pero precisamente los sucesos de «La iglesia robada» se datan en el reinado de Fernando III el Santo, y por la expresión del verso 705a sabemos que Berceo lo redacta después de desaparecido aquel rey, por tanto después de 1252:

705 En el tiempo del rey de la buena ventura,
don Ferrando por nomne, señor d'Estremadura,
nieto del rey Alfonso, cuerpo de grand mesura,
cuntió esti miraclo de muy grand apostura.

El propio Devoto (1957, p. 219), el primero que opta por editar «La iglesia robada» como penúltimo milagro, escribe:

Esta discrepancia parecería confirmar el que pueda considerarse el milagro de *La iglesia robada* como una adición posterior a los 24 milagros iniciales, si no se cree que la redacción de la obra se ha extendido sobre un período más o menos largo.

Parece evidente que se trata de una adición posterior si se considera, además, que «La iglesia robada» no está en el texto latino de donde Berceo toma los primeros veinticuatro milagros¹⁰. Pensando en la composición y en la presentación, lo lógico es que Berceo añadiera al final de los que estaban en la fuente latina otro de origen distinto y muy reciente, y no que interrumpiera la serie latina con «La iglesia robada» para volver a ella después con el milagro de «Teófilo». No nos importa ahora si Berceo tomó «La iglesia robada» de la tradición oral, como sostiene John E. Keller (1975), o de una fuente escrita, como parecen declarar los versos 743cd: «el miráculo nuevo fuertmient lo recabdaron, / con los otros miraclos en libro lo echaron»; y 745d: «como diz la cartiella», que sugiere que Berceo lo conoció a través de un escrito suelto, pero

⁹ Véase Gariano, 1965, pp. 180-181.

¹⁰ Véase García Solalinde, 1922, pp. XXII-XXIII.

unido finalmente al libro de los milagros de María¹¹; unido tanto por los testigos del prodigio, según declaran los versos 743cd, como por el propio Berceo.

El comienzo de «La iglesia robada», *Aún otro milagro vos querría contar* (703a), señala también su carácter de continuación de la serie. Es inexacta la afirmación de Rozas (1986, p. 29) de que, salvo este milagro, «ninguno separa con adverbio temporal un texto de los anteriores», pues el verso 75b es idéntico al que nos ocupa, pero también es verdad que es justamente ese inicio del segundo milagro el que deja patente que se nos está ofreciendo una colección, y no un relato único, y el expresar la continuidad en ese lugar puede ser tan oportuno como expresarla ante lo que podríamos considerar un epílogo, por su distinta naturaleza: de asunto español, cercano en el espacio y en el tiempo, y tomado de otra fuente. Así queda perfectamente trazada la intervención de María en la Historia de la Salvación, con una línea de continuidad que va del *Génesis*, en la introducción, hasta un milagro del propio tiempo de Berceo, hasta su aquí y su ahora.

Terminamos ya: Puesto que el orden de Q no es necesariamente erróneo, debemos atenernos a él, como manuscrito más cercano al original de Berceo, según reconocen los editores de su obra. De esta manera, el lector podrá seguir mejor el proceso de composición de los *Milagros* que nos apuntan todos los datos: un primer final más notorio, el de «Teófilo», y una adición posterior que confiere al poema un segundo y definitivo cierre.

BIBLIOGRAFÍA

- BAÑOS VALLEJO, F., «Plegarias de héroes y de santos. Más datos sobre la *oración narrativa*», *Hispanic Review*, LXII (1994), pp. 205-215.
- BURKE, J., «The Ideal of Perfection: the Image of the Garden-Monastery in Gonzalo de Berceo's *Milagros de Nuestra Señora*», *Medieval, Renaissance and Folklore Studies in Honor of John Esten Keller*, ed. J. R. Jones, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 1980.
- CACHO BLECUA, J. M., ed., Gonzalo de Berceo, *Milagros de Nuestra Señora*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991.
- DEVOTO, D., ed., Gonzalo de Berceo, *Milagros de Nuestra Señora*, versión modernizada, Madrid, Castalia, 1957; reed. 1991.
- DUTTON, B., ed., Gonzalo de Berceo, *Los Milagros de Nuestra Señora, Obras completas, II*, Londres, Tamesis Books, 1971; reed. 1980.

¹¹ No tiene por qué tratarse de un libro o códice concreto, sino que puede referirse genéricamente al Libro o Colección de los milagros de María, algo así como lo que expresa el verso 370d: *metieron est milagro entre la otra gesta*.

- , *A New Berceo Manuscript*. Madrid, Biblioteca Nacional Ms 13149, University of Exeter, 1982.
- GARCÍA SOLALINDE, A., ed., Gonzalo de Berceo, *Milagros de Nuestra Señora*, Madrid, Espasa-Calpe, 1922.
- GARCÍA TURZA, C., *La tradición manuscrita de Berceo. Con un estudio filológico particular del ms. 1533 de la Biblioteca Nacional de Madrid (BN)*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1979.
- , ed., Gonzalo de Berceo, *Los Milagros de Nuestra Señora*, Logroño, Colegio Universitario de La Rioja, 1984.
- , ed., «Los Milagros de Nuestra Señora», en Gonzalo de Berceo, *Obra completa*, coord. I. Uría Maqua, Madrid, Espasa Calpe-Gobierno de La Rioja, 1992.
- GARIANO, C., *Análisis estilístico de los «Milagros de Nuestra Señora» de Berceo*, Madrid, Gredos, 1965.
- GARRIDO GALLARDO, M. A., «Una clave interpretativa para tres ‘recursos literarios’ fundamentales en los *Milagros de Nuestra Señora*: la alegoría, el protagonismo absoluto y el final feliz», *Revista de Filología Española*, LIX (1977), pp. 279-284.
- GERLI, M., ed., Gonzalo de Berceo, *Milagros de Nuestra Señora*, Madrid, Cátedra, 1985; 6ª ed. 1992.
- GRIEVE, P. E., «The Spectacle of Memory / Mary in Gonzalo de Berceo’s *Milagros de Nuestra Señora*», *Modern Language Notes*, CVIII (1993), pp. 214-229.
- KELLER, J. E., «The Enigma of Berceo’s *Milagro XXV*», *Symposium*, XXIX (1975), pp. 361-370.
- MARDEN, C. C., *Cuatro poemas de Berceo (Milagros de la Iglesia robada y de Teófilo y vidas de Santa Oria y de San Millán)*, Anejo IX de la *Revista de Filología Española*, Madrid, 1928.
- , *Berceo. Veintitrés Milagros*, Anejo X de la *Revista de Filología Española*, Madrid, 1929.
- MONTOYA MARTÍNEZ, J., ed., Gonzalo de Berceo, *El libro de los «Milagros de Nuestra Señora»*, Universidad de Granada, 1986.
- ROZAS LÓPEZ, J. M., ed., Gonzalo de Berceo, *Milagros de Nuestra Señora*, Barcelona, Plaza y Janés, 1986.
- RUFFINATTO, A., «Sillavas cuntadas e quaderna via in Berceo. Regole e supposte infrazioni», *Medioevo Romanzo*, I (1974), pp. 25-43.
- SÁNCHEZ, T. A., ed., Gonzalo de Berceo, «Milagros de Nuestra Señora», en *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV*, Madrid, Sancha, 1780; reed. E. Ochoa, París, 1842.
- URÍA MAQUA, I., «Sobre la transmisión manuscrita de las obras de Berceo», *Incipit*, I (1981), pp. 13-23.